



La imaginacion y el progreso científico.



(CONCLUSION)



Todo lo contrario; es preciso que la imaginacion llegue hasta el *entusiasmo* cuando se trata de hacer un descubrimiento importante y obtener todos los resultados posibles, porque el entusiasmo comunica aquella fuerza de atencion apasionada, verdadero buril de la memoria, aquella sagacidad investigadora, aquella sutileza de órganos y de sentidos, que tan necesarias son para estudiar los fenómenos de la naturaleza (1). Con una imaginacion vasta y penetrante, esto es, con mayor sentido moral, se ve mejor todo lo que se ve, y las grandes observaciones que se obtienen dependen de la imaginacion, que puede confundirse con el genio. Los hombres de imaginacion fria gozan casi siempre de una razon débil que se detiene en la superficie; por el contrario, la imaginacion vigorosa estimula el poder de observar, y los sábios á quienes inspira son los que tienen más exactitud y paciencia, porque viendo desde un punto más elevado y á mayor distancia, abrigan convicciones profundas y sienten la necesidad de reunir mayores pruebas para apoyar sus ideas. Toda vitalidad intelectual depende esencialmente de la ima-

(1) El célebre Lagranje confió al Dr. Virey, segun refiere Foissac en la *Higiene del alma*, que debia la resolucion de muchos problemas de geometria al éxtasis en que le sumerjia la audicion de arrebatadoras piezas de música, tocadas por buenos instrumentistas—Avicenna, médico y filósofo árabe citado por Reveillé—Parisse en su *Higiene y fisiologia de los que se dedican al estudio*, decia que *todas las cosas obedecen al alma arrebatada en éxtasis*.

ginación, considérense como se quiera las facultades de la inteligencia humana, y lo que se inventa, ó se descubre ó se cree descubrir, es de inmenso interés para el que examina, investiga y medita. No se arrastra entonces por la superficie de las cosas, sino que sondea y profundiza sin temor á la fatiga ni al desaliento, hasta que ve aparecer el fruto de su trabajo. Observar mucho y bien y por mucho tiempo es, por consiguiente, una de las condiciones de la imaginación, porque anima y sostiene al observador, quien además no puede ignorar que la verdad es una, y que nada se debe omitir para conocer todas sus relaciones. ¡Desgraciado del sabio y del artista que no esté devorado del hambre de lo desconocido, sin la cual no hay creación, ni invención, ni trabajo notable! ¡Desgraciado! Su puesto se encontrará entre las vulgares medianías, y no se podrá decir de él *que ha sido amado por Júpiter*.

Si se examina el origen de los grandes descubrimientos, de los métodos, de los sistemas que más influencia han ejercido en las ciencias, por doquiera se hallarán huellas del fuego de la imaginación, pues para ser un hombre superior no basta tener talento lógico, no, sino que es preciso poseer aquel ardor, aquel arrebatado de temperamento, aquel fuego sagrado, que comunica á la ciencia un impulso vigoroso que no se encuentra sino en la imaginación vasta y poderosa.

Algunas veces sucede que la imaginación hace, por decirlo así, explosión, revelando su perpétua y misteriosa energía.

¿Quién no ha oído hablar del crimen cometido por Benvenuto Cellini, que asesinó al modelo elegido para esculpir un crucifijo, á fin de sorprender mejor los rasgos de un agonizante? ¿Quién ignora el arrebatado de Arquímedes, corriendo desnudo por las calles de Siracusa, gritando: *¡Eureka!* Bernardo de Palissy despues de una prueba que tuvo buen éxito, dijo que le habia causado tal alegría *que pensaba haberse convertido en un nuevo ser*. Cuando el ilustre químico Davy descubrió el *potassium* y el *sodium*, se volvió loco de alegría: *Diu nos torserat... usque ad vesaniam*, y empezó á saltar y á bailar en su laboratorio. ¡Ah! Los genios privilegiados se embriagan muchas veces con las voluptuosidades de la ciencia, porque saben que una sola verdad útil y demostrada, añadida al acerbo del saber humano recomienda su nombre á la eterna gratitud de las edades.

Pero se nos dirá: ¿el entusiasmo no tiene algun inconveniente? Sí, pero nuestra afirmación sólo tiende á demostrar, que con imaginación siempre se puede esperar algo, y sin ella, nada. Necesario es para todo progreso científico que el entusiasmo esté templado por la razón y por el buen sentido, la imaginación excita y da alas; el juicio pesa, examina, modifica, y despues la experiencia confirma. Si la imaginación no se apoya en el hecho, en el dato material, se extraviará, porque el espíritu humano, semejante al Anteo de la fábula, que recobraba sus fuerzas cuando apoyaba su planta en la tierra, y las perdía cuando se levantaba, puesto que se le quitaba

su punto de apoyo; el espíritu humano, decimos, no puede *pro hic et nunc* ejercer sus funciones sin el órgano, sin la materia, á que misteriosamente se halla adherido. Verdad es que el hombre, por despreciar orgullosamente los hechos y la experiencia, cae en las nebulosidades del idealismo; pero para evitar éste, ¿por qué se ha de caer en el vicio opuesto, en el exceso del materialismo científico? *In vitium ducit culpa fuga si caret arte*. ¿Por qué considerar como enemiga á la imaginación, hablar de sus extravíos y olvidar ó negar su benéfica influencia? ¿No existe una imaginación, sabiamente atrevida y ordenadamente libre? Dícese que no crea más que quimeras, que sus partos no son duraderos; así es algunas veces; pero ¿no sucede lo mismo con los edificios que construye el raciocinio, con los pretendidos resultados de la experiencia, con ciertas aplicaciones prácticas, que hoy se encuentran reducidas á polvo en el panteón del olvido? No, el experimentalismo, ó mejor dicho, el positivismo solo, no puede hacer progresar la ciencia, así como el ojo sin el telescopio no puede interrogar las profundidades del cielo. El positivismo, siempre mezquino, siempre incompleto, sin vuelo, sin amplias generalizaciones, no puede espaciarse sino por limitados horizontes, frecuentemente falsos y exclusivos; pero si la imaginación anima sus frías investigaciones, si funciona este potente excitador, entonces elévase y se agranda el objeto, hace la ciencia rápidos progresos. Nadie, pues, nos negará, atendiendo á las razones expuestas, que la imaginación es una base tan indispensable en todo descubrimiento ó en toda gran concepción científica, como indispensable es un juicio profundo y exquisito para componer un poema ó pintar un cuadro que maraville las edades (1).

Hay más: los datos de cualquier problema científico la pertenecen igualmente, porque sólo ella tiene el poder de concebir las más remotas relaciones, la infinita variedad de hechos; sólo ella puede reunirlos y coordinarlos en vasta y luminosa síntesis; sólo ella puede establecer el hecho primordial, causa de otros innumerables, y darles la trabazón científica para componer un cuerpo de doctrina y deducir conclusiones evidentes; porque sino, ¿de qué servirían los hechos más brillantes y positivos; si quedasen aislados? Semejante procedimiento exige un talento vasto, una potencia de imaginación, una profundidad de observación y una seguridad de juicio de que pocos pueden engreirse; la inducción es el *espíritu* que anima al *verbo* y los pocos que han poseído este espíritu, lo pierden pronto; dírase que la imaginación es la fuerza del Creador, concedida por

(1) Hase dicho y no sin razón, que Arquímedes tenía tanta imaginación como Homero; y lo mismo pudiera afirmarse del cuadro de la *Transfiguración*, obra maestra de lógica y de fantasía: nada hay grande, ni perfecto, ni eterno sin estos dos elementos artísticamente fundidos en unidad sublime.

un instante á la criatura; el hombre la recibe, pero no la puede medir; hállase en él, pero no es de él. Por esta causa en las ciencias de observacion es muy fácil contar, pesar, medir y examinar; pero muy difícil asentar principios sólidos y fijos; la iniciativa en estas ciencias pertenece al hecho material y sensible, pero sobre él existe el *sentido apreciador* ó el *mens*, cerniéndose como el águila en el espacio, sobre el vasto mundo de lo contingente.

A la experiencia sigue la ciencia, que se apoya en aquella, pero excediéndola y completándola por medio de las relaciones, que sabe encontrar entre los hechos, llegando de este modo al punto culminante de la filosofía científica. Por este motivo cuanto más vasta y penetrante sea la imaginacion, serán más múltiples las relaciones de los hechos, más fácil comprender su analogía, más fácil coordinarlas para formar un todo y obtener aquella ciencia, *cuyo principio contiene todas las consecuencias y cada una de éstas su principio*. Nos parece que la radical de toda síntesis fecunda se encuentra en una poderosa imaginacion, porque ésta contiene el mayor número posible de hechos, de ideas y de relaciones, por lo cual con esta facultad se puede poseer—¡raro privilegio!—la evidencia intuitiva, y la evidencia *deductiva*, columnas de toda ciencia; pero sin el conocimiento de las relaciones nos veremos obligados á renunciar á una y á otra.

Un filósofo ha dicho: «Con un vasto talento de observacion se puede desconocer lo infinito del universo en grande; pero con este talento y el de la intuicion, se podrá descubrir lo infinito en un insecto, en un grano de polvo, en una gota de agua.» No nos debe extrañar esta afirmacion: ¿no ha demostrado Newton que la misma fuerza que obliga á caer á una piedra ó á una manzana, encadena los astros en sus órbitas? ¿No halló el Tiziano toda la armonía del colorido y del claro-oscuro contemplando cuidadosamente los matices de la luz en un racimo de uvas? Kant, con su vista de águila, ¿no descubrió á Urano en los abismos del espacio antes de que Herschell, con su telescopio, dijese: «¡Aquí está?» Y en nuestros dias ¿Le Verryer no halló por medio del cálculo un planeta que por algun tiempo se escondió á los más delicados instrumentos astronómicos? Únicamente por una serie no interrumpida de relaciones, por el hilo de las analogías, se pueden obtener semejantes resultados: la imaginacion es una maga que ve lo que es y lo que puede ser, y semejante al espacio y al tiempo, contiene en su vasto seno los hechos y las ideas, lo cierto y lo posible, las verdades conquistadas y las presentidas.

Si tiene el poder de inventar, tiene tambien el de fecundar con paciencia, disponer con sabiduría, coordinar con habilidad; el juicio no podría hacer todo esto, porque marcha con lentitud, porque no ve á mucha distancia. La induccion *ascendente* de Bacon, á que con rigurosa exactitud llamó *scala intellectus*, y que en verdad ya habia sido practicada por la filosofía escolástica, hoy por desgracia tan desde-

ñada, este método, que por algunos se considera como el de la verdadera filosofía, está también sujeto al dominio de la imaginación.

De Maistre ha dicho *que es preciso que se unan dos verdades para producir una tercera*; pero el método analítico únicamente empleado sería estéril, porque no puede abarcar un conjunto, ni deducir conclusiones capitales.

Verdad es que no todas las ciencias son susceptibles de semejante rigor: las hay que al pasar de una proposición á otra descubren el orden que las coordina, los lazos que las unen, la identidad que las confunde; en una palabra, la unidad del objeto en que se apoyan; por ejemplo, en las matemáticas todo se halla unido y trabado; hay una verdad *primera*, una *segunda*, *tercera*, etc., y la quinta verdad se halla en la cuarta, y ésta en la tercera; pero en ninguna otra ciencia es posible proceder con este rigor, porque la cadena se rompe á cada instante, y aun guardando la mayor exactitud no se puede llegar más que á aproximaciones. Sin embargo los dotados de gran imaginación, puesto que, como ya llevamos dicho, abarcan más relaciones y afinidades en los fenómenos, son los únicos capaces de fundar una síntesis, una teoría, una doctrina, elevándose á la dignidad de legisladores de la ciencia. Por este motivo son tan raros, mientras que abundan los observadores. Esto mismo explica por qué los mismos objetos producen tan diversas interpretaciones. Todas las verdades se traducen en hechos; mas varía el modo de apreciarlas según el talento del observador; pero todo aquel que posee imaginación penetrante, podrá fundar con certidumbre, asentar bases sólidas, contemplar la verdad y apoderarse de ella, por decirlo así, sustancialmente, y descubrir mejor el punto de reunión de las verdades, porque la verdad universal no es más que el punto de convergencia de los hechos y de la cadena de todas las relaciones.

Sin la hipótesis, que espanta á los talentos pequeños, se arrastraría eternamente la ciencia en un mezquino empirismo, porque ver siempre, tocar siempre, siempre medir, siempre pesar, siempre analizar, referirse siempre á los sentidos, es entregarse á guías insuficientes, es detenerse en las apariencias, es abjurar de la filosofía de la ciencia, cuyas elevadas abstracciones no se deben despreciar, como hacen hoy muchos que se tienen por pensadores.

¿Qué es idealizar ó abstraer sino comprender la realidad con mas profundidad que el vulgo, y apreciar el lazo oculto de las cosas y de los hechos, de las causas y de las manifestaciones fenomenales?

Sin embargo, la palabra *imaginación* inspira desconfianza, porque apenas se concibe su valor en la ciencia. Créese que se ocupa siempre en visiones absurdas, *nebulae per inane volantes*, lo que es un gran absurdo. Cierto es que á la ciencia es muy funesto el sistematizar *primo intuitu*, el generalizar por suposición, pero el no generalizar nada ó muy poco, el atenerse al hecho material, entraña no pocos peligros. Las utopías, las quimeras, los espléndidos sueños, son

hijos de los sistemas; pero no es ménos cierto que á ellos se deben los grandes principios, las axiomas fundamentales, la accion, el movimiento y el progreso. Lánzase á veces la imaginacion desenfundada en el vasto campo de las conjeturas; pero el positivismo sólo con su orgullosa infatuacion, con su lógica limitada, más ó ménos llena de sofismas y de estadística, ó no descubre la verdad, ó la disfraza ó la ahoga en deduciones inciertas, en asertos contradictorios, ó en un monton de guarismos.

Pero se nos dirá: ¿á qué sistematizar si no conocemos todos los hechos? ¿Y qué importa? Si fuera necesario esperar la posesion absoluta de todos los hechos para formular principios, no sólo no se descubriría jamás la verdad, sino que el buscarla sería tiempo perdido. Conviene, por consiguiente, al aumentar el caudal de nuestros conocimientos, valerse de los hechos conocidos y bien probados, sin lo cual no podría existir la ciencia. ¿Qué es la filosofía sino la última palabra de la humanidad? ¿Y cómo se puede llegar á la verdad absoluta, ó al ménos á la verdad relativa sino por medio de la escala de las inducciones y de las abstracciones? La historia de las ciencias prueba estos asertos, puesto que no es más que la exposicion de las doctrinas ó sistemas creados por hombres que dotados de potencia imaginativa, y descubriendo mayor número de relaciones y analogias en los hechos conocidos en su época, los han coordinado y trabado mejor, reduciéndolos á un cuerpo científico. El poder de reflexion de que se hallan dotados, suple felizmente á la actividad material, y á su imaginacion penetrante y atrevida unen una razon analítica, profunda y en especial una voluntad siempre activa, paciente y enérgica, persistente y tenaz, fuerte y vigorosa, que se adhiere á su objeto y no le deja hasta obtener lo que busca, ó al menos la certidumbre de no poderlo obtener.

Sin embargo, creen algunos que la imaginacion seduce y extravía siempre al juicio apóyanse para sostener este aserto, en los errores en que suelen caer los partidarios de un sistema, sin comprender que muchas veces proceden las aberraciones, del abuso del raciocinio, más bien que de la facultad *imaginativa*. Véase lo que hoy sucede: hállanse muchas personas de gran raciocinio, pero muy pocas son las dotadas de cierta *audacia inventiva* que forjen sueños, que muchas veces son, por decirlo así, la envoltura de la verdad. Prefiérese hoy arrastrarse en pos de la observacion, contar, pesar, y medir; y acoger todo lo que sale de la filosofía con soberbio desdén. Por este motivo, como no cambia la naturaleza de las cosas, la ciencia permanece estacionaria ó adelanta muy poco.

Otra de las dotes reservadas á la eminente facultad en que nos estamos ocupando, y que no se debe pasar en silencio, es la de la *forma*, dote importantísima, sin la cual las demás pueden considerarse como nulas, puesto que una idea no se revela en todo su esplendor sino por medio de la forma con que se la presenta.

¡Cuántos descubrimientos, qué de hechos y opiniones importantes, cuántos pensamientos profundos yacen en el olvido, *quia carent vate sacro*, si así podemos espresarnos! Preséntense estas ideas y estos hechos como deben aparecer, y al punto arrebatarán á los más indiferentes y hasta podrán regenerar una doctrina. El complemento del genio se halla en la energía, y en la exactitud y belleza de la expresion, es decir, en la forma. ¡Desgraciado el pensador que no abrigue un sentimiento luminoso y profundo de lo que le parece ser la verdad! Si por un poderoso esfuerzo de *imaginacion* y de lógica no abarca el conjunto y los detalles de su trabajo; sino sabe presentar con evidencia el principio generador, deducir luego con método y claridad las consecuencias más próximas y las más remotas; si ignora el arte de emplear los recursos de un estilo conveniente; si careciendo de la originalidad de formas, de aquel toque valiente y profundo que graba para siempre el pensamiento, de aquella plenitud y fuerza de sentidos, de aquella verdad de expresion viva y firme que seduce y cautiva al lector, desarrollará sus ideas con lánguida pesadez, desaliñada y soporífera será su frase, indigesto y poco atractivo su estilo. Podrá ser un sabio, podrá exponer amplias ideas, pero jamás logrará establecer una vasta síntesis, ni fundar una doctrina que conmueva las opiniones dominantes, convenciendo á sus contemporáneos, y abriendo á la ciencia nuevos y dilatados derroteros.

Pero se nos dirá: ¿á qué tantos preceptos? ¿No basta para exponer sus opiniones y trabajos, método en las ideas, sencillez y claridad en el estilo? Si, basta; pero no es tan fácil ser sencillo y claro, cualidades que no deben confundirse con el estilo pesado, pedantesco y rastrero. Lo que se debe embellecer con cierta medida, es lo que más trabajo cuesta, precepto de gusto proclamado hace ya mucho tiempo por un gran maestro, y que en especial es aplicable á las cuestiones científicas. La verdadera sencillez del estilo consiste en colocar siempre la mejor palabra en el mejor lugar, en que haya perfecta armonía entre el signo y el pensamiento, lo que necesariamente supone abundancia sin lujo, magnificencia sin ostentación, sobriedad sin aridez, precision sin oscuridad, y principalmente una especie de abandono tan distante del temor y del desorden, como de la aspereza y de la negligencia. ¿Y es ésto tan fácil y tan comun? Lo cierto es que el juicio solo, sin algo de imaginacion, *mica salis*, que anime y de colorido á la expresion, jamás podrá esponer con exactitud y perfección las bases y el conjunto de una doctrina. Un raciocinio exacto ayudado de un conocimiento completo del asunto, puede hasta cierto limite convencer; pero, el arte de penetrar el espíritu, de persuadirle y de subyugarle, pertenece indudablemente á la imaginacion. Necesitase que un pensamiento activo y un tanto apasionado, fruto de profundas convicciones, dirija la pluma del escritor, y enseguida *rem verba sequuntur*: todo toma un aspecto análogo y puede entonces decirse que la cien-

cia de las palabras es también la de las cosas. Los hombres más sobresalientes en todos los ramos del saber, han gozado de esta preciosa facultad; todos han creído que la doctrina más exacta, más positiva debe mucho á las formas del lenguaje y que se le puede aplicar lo que San Agustín ha dicho de la virtud, que es más hermosa en un cuerpo hermoso: *gratior et pulchra veniens in corpore virtus*.

Bien sabemos que respecto á la forma en que se expone una doctrina, se puede con ella adornar un sofisma; como á un cadáver que se cubre de flores, y darle el aspecto y apariencia de la verdad y de la vida; pero el tiempo, juez infalible, separa lo verdadero de lo verosímil, lo fastuoso de lo sólido, y el éxito no será muy duradero. Inútil es advertir que al ocuparnos en la forma no nos referimos á vulgaridades pretenciosas de estilo, ni al rebuscado amaneramiento de expresión que afectan tantos escritores, ni á las brillantes rizos de espuma, fugaz adorno de un vago y sentimental lirismo; no, nos referimos á una composición fuerte, digna de una inteligencia levantada, cuyo estilo se empapa en la grandeza de su asunto. Aun debemos añadir que la poderosa intervención de la imaginación en la forma no excluye la lenta y laboriosa madurez de una obra, que es lo que constituye su mérito y su vida: no, además de sus inspiraciones, de su fuerza de atracción lógica, revela la imaginación su influjo hasta en los detalles que son producto de un tranquilo trabajo.

Hagamos punto final: rápidamente hemos considerado á la *imaginación* bajo sus más varios aspectos en el órden científico procurando vindicarla de la desdeñosa é insolente compasión de los materialistas y positivistas que consideran al tiempo, reducido al minuto presente, y al espacio, limitado al pequeño horizonte que descubren sus ojos. Porque la imaginación, en su raudal vuelo, se haya extraviado muchas veces, ¿hemos de despreciar sus atrevidas concepciones, sus luminosos descubrimientos? Orgullosamente desdeñosos, ¿huiremos de las elevadas regiones de la inteligencia para sepultarnos en la materia, que no nos ofrece más que incertidumbre y dudas, esterilidad y retroceso?

Sueña el artista, pues, con noble empeño,
que el pensamiento humano,
ni aun de las ciencias penetró el arcano,
sin las alas quiméricas del sueño.

Sueña Franklin y atrae las centellas,
sueña Watt y el vapor se hace fecundo,
sueña Newton y fija las estrellas,
sueña Colón y se descubre un mundo (1).

VICTOR SUAREZ CAPALLEJA.

(1) Velarde—Oda á Murillo inserta en la *Ilustración Española y Americana* de 1882—



La Educacion Física y Moral

en la Universidad.

(CONTINUACION.)

En Alemania son sumamente comunes los viajes de los estudiantes. Los alemanes dice Montefredini, y particularmente los hijos de las Musas (Müssen Söhne) nombre con que son conocidos los alumnos de la Universidad tienen particular predilección por los viajes á pié (Fussreisen) que, dejando perfectamente libre á la persona, permiten descubrir y saborear todos los goces que proporciona la naturaleza. En las vacaciones de Pentecostés, durante esos ocho preciosos días, el estudiante, en vez de aburrirse en la monótona vida cívica, con la mochila á la espalda y el baston en la mano, hace su expedición desde Bonn al lago de Laach, siempre azul, ó á Altenabor ó al monte Gifel; desde Leipzig á los bosques de Harz; desde Heidelberg á la célebre Selva Negra. Es sabido que en una de tales excursiones campestres el jóven Goethe estudiante en Strasburgo, conoció á Federica Isabel Brion que despues retrató en la Margarita del Fausto, tercera hija del pastor Juan, á quien olvidó andando el tiempo, y la cual requerida de amores por el poeta Lenz, no quiso romper su fé y murió abandonada en 1813.

Demasiado conocido es el régimen armónico á que se somete al jóven en Inglaterra. En este país, reputado por el más práctico del mundo, no solo se estudia teóricamente sino que se realiza en todo su rigor, el sistema de la educacion omnilateral. Pocas horas de estudio en la soledad y tristeza de una habitacion cerrada; mucho

ejercicio físico al aire libre; amplio espacio para toda clase de juegos que puedan conducir al desarrollo físico. Así vemos constituidas por todas partes sociedades gimnásticas, de excursiones á pié, de velocipedistas, de ginetes, de regatas, en donde los alumnos de las diferentes Universidades se presentan con sus distintivos á disputar los premios que á porfía conceden las más importantes corporaciones de la nación. Los resultados de semejante procedimiento educativo no pueden ser más fructuosos: las nuevas generaciones se distinguen por su robustez física, por sus buenas proporciones materiales; pero al propio tiempo sus trabajos intelectuales llevan el sello de la libertad de espíritu, de la originalidad, del ingenio, de la profundidad de criterio, de una actividad intensa, y, sobre todo de un sentido verdaderamente positivo y humano, que contrasta con la ligereza, la falta de interés y el predominio de lo fantástico é idealista, que son patrimonio, bien triste por cierto, de estas naciones neolatinas.

Dice Taine, en su interesante libro «Notes sur l'Angleterre, acerca de este punto: Sin duda el ejercicio muscular, así entendido, trae consigo cierta rudeza de costumbres; estudiantes y burgueses boxean en las calles, cuando llega la ocasión; pero, en cambio, la vida gimnástica y atlética tiene la doble ventaja de que atrasa el sensualismo pasional y pacifica la imaginación. Además, cuando la vida moral y mental se desarrollan, el alma encuentra un cuerpo más sólido y más sano. Los jóvenes que se pasean aquí con el singular traje tradicional (una chaqueta negra corta y una especie de chascás ancho) están llenos de savia y de fuerza, son de bella y franca presencia, bien formados y, en mi concepto, de una fisonomía menos inquieta y fatigada que nuestros estudiantes.....

Preciso es de todo punto que por estas tierras del Mediodía vayamos aprovechando y practicando lo que nos conviene en materia de educación; que no por huir de la exageración, muy justificada en los periodos de lucha con la Naturaleza, de exaltar el cuerpo, haciendo atletas capaces de vencer á los animales de más vigor, incurramos en el no menos perjudicial defecto de ensalzar el espíritu con olvido imperdonable del organismo funcional.

Hoy que comprendemos lo que son y valen el cuerpo y el espíritu, es llegado el periodo de combinar el ejercicio de ambos, y, por lo tanto, de prepararlos para esta compenetración, y á ello no contribuirá poco esforzarse en propagar entre la juventud la práctica de la máxima: la salud es uno de nuestros primeros deberes. Spencer lo ha dicho: Pocos parecen comprender que exista algo en el mundo que pueda recibir el nombre de moralidad física. Las acciones y las palabras de los hombres implican en general la idea de que les es lícito tratar á su cuerpo como mejor les parece. Los males que se atraen por su rebelión contra las leyes de la Naturaleza, los consideran como accidentes, no como afectos de su conducta más ó menos viciosa.

Ahora bien: ¿cómo se lograría esta robustez del cuerpo, tan indispensable para que el hombre viva con la salud, vigor y lozanía que garantizan su existencia toda y favorecen la actividad de su espíritu? Ya lo hemos dicho: nutriéndole alimentándole convenientemente, ingiriendo en el estómago sustancias en cantidad y calidad suficientes á compensar las pérdidas que á cada momento experimenta el organismo, contando muy particularmente con la evidencia de las siguientes verdades de necesaria aplicacion: «cuanto menor sea el trabajo digestivo, mayor suma de fuerzas se reserva para el acrecentamiento y la accion; el grado de energía física depende esencialmente de la naturaleza de los alimentos; la intensidad del pensamiento, la finura de la sensibilidad, y la decision de la voluntad están en razon directa del vigor muscular. No puede calcularse hasta donde influye en la salud corporal y espiritual el doblar ó triplicar la racion diaria de carne, sumamente exigua en España, y principalmente en estas provincias del Norte, y cuanto aumento en la energía espiritual produce una prudente cantidad de vino tomada á las comidas. Añádase á esto la frecuencia de la vida rural, cuyas ventajas hemos puesto de relieve; el aseo personal, y principalmente el empleo del agua fria, que aprieta la fibra muscular, habitúa el cuerpo á las bruscas sensaciones del ambiente exterior, y sobre todo tonifica en gran manera el sistema nervioso, que suele exaltarse con facilidad en la edad de la adolescencia. Y ya que los paseos y los juegos corporales, siempre preferibles, por verificarse al aire libre, por poner en accion todos nuestros músculos, por ofrecer amplia libertad, por ser tomados, no como una obligacion que repugna, sino como una diversion atractiva, no lleguen á ser tan frecuentes como fuera de desear, el uso metódico y bien dirigido de la gimnasia, muy en moda hoy y al cual fian algunos el desarrollo de las fuerzas físicas, el mejoramiento moral y hasta la salvacion de la especie, de una decadencia inminente, producirá ventajosas consecuencias para la vida. Verdad es que la práctica de la gimnasia como elemento educativo de primer orden no pertenece ni con mucho á los presentes tiempos. Ya Aristóteles, en su célebre tratado de Política, decia: «Se ha demostrado que se debe pensar en formar las costumbres antes que la razon, y el cuerpo antes que el espíritu: de donde se sigue que es preciso someter á los jóvenes al arte de la *pedotricia* (arte de fortalecer el cuerpo) y á la gimnástica: aquella para procurar al cuerpo una buena constitucion y esta para que adquiera soltura». Mas no parece propio y oportuno concederle la exclusiva importancia que algunos pedagogos le atribuyen, pues que, á parte las palpables desventajas que acerca de la falta de libertad—lo contrario de lo que pasa en los juegos corporales—hemos apuntado, encierra el gravísimo peligro de desarrollar excesivamente el cuerpo, quizá con detrimento del espíritu, como se observa en frecuentes y múltiples casos, y la no menor exposicion á desenvolverse fuera de toda norma y medida un

determinado plexo muscular, dejando en relativa inferioridad otro acaso tan necesario para la armonía del organismo, como aquel. Preciso será, pues, usar de la gimnasia con mucha prudencia, y siempre bajo la dirección de personas inteligentes, que sobre conocer el influjo que los diferentes y múltiples aparatos al uso en el día, ejercen sobre el sistema muscular, procurarán seguramente evitar los desgraciados accidentes, que son harto comunes en este género de ejercicios. Así escriben con gran oportunidad Bronwers y Donx, comisionados del gobierno Belga para estudiar la gimnasia escolar en Holanda, Alemania y los Países-Escandinavos: «Esta gimnasia (la de aparatos) es necesaria á los cuerpos de bomberos, á los marineros, á los militares, llamados muchas veces al asalto; para esos casos especiales tiene un valor real, indispensable.

Los partidarios de la gimnasia de aparatos, en vez de detenerse donde la utilidad acaba y el peligro comienza, y de seguir en este respecto los excelentes consejos de Pestolozzi, Salzmán, Guts-Muths, Vieth y Luig, cometieron el gran error de no haber mirado más que á las cosas maravillosas, á los saltos peligrosos, á los prodigios de fuerza que desgraciadamente parecen ser el fin que los gimnasiarcas aspiran á alcanzar. De ahí proviene ese hábito de traspasar la medida que conviene conservar en todas las cosas; hábito que conduce al desenvolvimiento de algunos principales grupos de músculos, con esclusión de otros.»

Spencer, cuya competencia en estas cosas de la educación es tan reconocida, manifiesta: «La gimnasia es inferior á los juegos como cantidad de ejercicio muscular y también, y esto es lo importante, bajo el punto de vista de la cualidad. Esa falta comparativa de placer, causa de que se abandonen al poco rato los ejercicios artificiales, influye para que estos no produzcan sino efectos mediocres en el organismo. La idea vulgar de que, con tal de que se obtenga la misma suma de ejercicio corporal, importa poco que este sea agradable ó no, encierra gran error. La excitación cerebral acompañada de placer ejerce en el cuerpo una influencia altamente beneficiosa. Véase el efecto producido en un enfermo por una buena noticia ó por la visita de un antiguo amigo. Obsérvese como los médicos recomiendan á las personas débiles las sociedades recreativas. Recuérdese cuanto bien reporta á la salud el cambio de lugares. La verdad es que la felicidad es el más poderoso de los tónicos. Acelerando el movimiento del pulso, facilita el cumplimiento de todas las funciones, tendiendo á aumentar la salud, cuando se posee, y á restablecerla, cuando se ha perdido. De aquí la superioridad intrínseca del juego sobre la gimnasia.» (1)

(1) En este punto debemos hacer mención especial del excelente trabajo presentado en la *Exposición internacional de Sanidad* que se celebró

La doble relacion que se advierte entre el cuerpo y el espiritu nos lleva como por la mano al estudio de otro punto de suma trascendencia en órden à la educacion fisica: nos referimos al exagerado cultivo de la inteligencia, que degenera en los tiempos actuales en un abuso de peligrosas consecuencias lo mismo para la vida del cuerpo que para la del espiritu. En efecto, la esperiencia nos muestra, bien tristemente por cierto, el poco aprecio que merece todo lo relativo à la cantidad, la duracion y la intensidad del trabajo intelectual en los jóvenes que se hallan precisamente en la época crítica de la vida; época de desenvolvimiento y de consolidacion orgánicas, en la cual un exceso de fatiga determina con seguridad ciertas enfermedades que puede comprometer gravemente la vida total de la persona ó la de un aparato funcional. Por eso se vé à todas horas jóvenes detenidos en su crecimiento, prodigios de finura, de ingenio, con una penetracion impropia de su edad, dotados de un entendimiento espléndido, que, lejos de continuar en su movimiento evolutivo se quedan rezagados, parece como que se cristalizan sus facultades; cuando no malogra en flor una atrofia desesperante, felicísimas disposiciones. O bien, causa grima esa pléyade de pequeños sábios y eruditos en agraz, en cuya memoria yace almacenada en confuso tropel y monton informe, indigesta mole de conocimientos aprendidos de prisa, mal digeridos y peor asimilados, que despues, en la vida plena ulterior, en vez de aprovecharles, les servirán de estorbo, porque tendrán que olvidarlos, si quieren lograr un resultado útil.

No hablaremos de la verdadera fiebre que se apodera de la juventud por acabar pronto una carrera, sacrificando à la brevedad del tiempo la solidez y la extension de los conocimientos: lo principal aquí es ser pronto abogado, ingeniero, médico, boticario,

en Lóndres en 1884 y publicado à sus expensas por el Reverendo E. Warre Director del famoso Colegio de Eton.

Es su autor, à quien tuvimos el gusto de conocer personalmente en nuestro viaje à Inglaterra en el verano de 1886 un sapientísimo maestro, un caballero cumplido y sobre todo un entusiasta defensor de los juegos de fuerza y destreza (*athletics*). Bien lo dejan comprender los magníficos parques de aquel establecimiento, dispuestos como ninguno para los diferentes géneros de *sport* que con singular complacencia de los jóvenes, se practican en la Gran Bretaña: los diversos y bien entendidos aparatos para la natacion y ejercicio de regatas que se admiran, en el rio que pasa por las cercanías de aquél gran Instituto de educacion, y sobre todo la inteligentísima direccion de que hace gala Mr. Warre en los diferentes juegos à que, radiantes de entusiasmo, se entregan los escolares.

Dicha obra titulada *Athletics: or physical exercise and recreation* es una erudita y acabada defensa, así como una agradable descripcion de los diversos juegos tan en moda hoy en los países civilizados.

Su autor despues de mostrar la importancia del desenvolvimiento del

sacerdote, arquitecto, sin parar mientes en que el tiempo tiene límites infranqueables, y que el poder intelectual no es indefinido, antes al contrario se cansa y hasta se agota al menor abuso.

¿No sucede con demasiada frecuencia, por desgracia, que los que en las aulas han pasado plaza de buenos estudiantes no responden despues en el ejercicio de sus profesiones à lo que era de esperar de sus excelentes comienzos? ¿No se advierte en la mayor parte de los alumnos de nuestros establecimientos científicos una extension de conocimientos que daña las más de las veces à la intensidad de los mismos? ¿No se hace notar por desgracia en la emision de sus opiniones cierta vaguedad è indeterminacion que acusa bien à las claras la inseguridad de criterio? ¿No oimos à todas horas à personas competentes lamentarse de que no se concede à la enseñanza el cuidado, y sobre todo el tiempo, que son garantía de la madurez del juicio, ya que la ciencia no es cosa que se adquiere con rapidez eléctrica, sino à fuerza de reflexiones y de meditacion? ¿No es objeto de acerba censura, de los que conceden al vital asunto de la educacion y de la instruccion la importancia que realmente tiene, ese afan de dominarlo todo en un momento, que trae consigo por necesidad el convertir los estudios en una mera preparacion para hacer un exámen más ó ménos brillante? ¿No vemos, que, principalmente por esta razon, se clama, y con motivo sobrado, contra la manera usual de verificar las pruebas de curso? Pues este es quizá el lado poco peligroso de la cuestion; lo esencial està en que se mutilan inconsideradamente las felices disposiciones de los jóvenes, en que se malogran verdaderas vocaciones, en que se exprime sin piedad la sustancia de un cerebro tierno, sin formar todavia, haciendo en vez de hombres, momias inútiles, porque, como dice Vacherot, no se desarrolla tan precipitadamente la capacidad sino con gravísimo peligro de la facultad.

Importa, pues, mucho contener este movimiento, ya exagerado en nuestra pátria, porque no en vano pertenecemos à una raza en-

cuerpo para la vida ordenada del hombre (*mens sana in corpore sano*): despues de recordar en un capítulo muy bien hecho el interés con que la gimnasia se miraba en Grecia y Roma: insiste en la beneficiosa influencia que la atlética ejerce en el mejoramiento del individuo y de la sociedad: traza un cuadro acabado de los juegos gimnásticos en las escuelas y Universidades inglesas, pintando con vivos colores, la emulacion que existe entre las de Cambridge y Oxford, por ejemplo, cuando se celebran las memorables partidas de *oricket* de *lawtennis*, de *foot ball*, las regatas en el Tàmesis y por último describe minuciosamente el ejercicio del remo (*rowing*), del tiro, el paseo, el baile, y otros varios y termina, excitando la opinion pública para que influya à fin de que se establezca la atlética en las escuelas y se creen por todas partes clubs que la propaguen y practiquen como medio de mantener al hombre en perfecta armonia de cuerpo y de espíritu, y de mejorar la raza que degenera manifestamente.

tusiasta por naturaleza, impresionable por instinto y muy dada á alcanzar cuanto se propone brevi manu, y no cabe negar que nuestros pasos en la senda del perfeccionamiento resultan harto largos para ser seguros. A evitar los grandes males que de tal precipitación proceden, tienden hoy los esfuerzos de los sábios pedagogos de todos los países.

No ha mucho tiempo que una de las personas más competentes de nuestro país en estos asuntos nos hacía notar cómo la tendencia pedagógica inglesa resumida en esta frase: «pocas horas de trabajo intelectual, muchas de tareas materiales» iba abriéndose paso y dominando á la alemana, y añadía, que observaba diariamente los excelentes resultados, de este método en los discípulos de la Institución libre de enseñanza. El que esto dice tuvo más de una ocasión de comprobarlo en los jóvenes de la expedición, que no ha largo tiempo recorrió nuestra provincia. Todos ellos se distinguían por su porte simpático y varonil; afrontaban resueltos y vencían fácilmente los obstáculos que surgen en la vida cotidiana; tenían, ya tan temprano, carácter; se conducían como hombres mayores, reflexivos sin petulancia, independientes sin orgullo, distinguidos, pero no afectados en los modales; no sabían mucho de muchas cosas, pero lo que sabían lo sabían bien: se conocía inmediatamente que sus maestros habían querido huir del peligro que señalaba. Montaigne en aquellas concienzudas frases: «Se aprecia, no al mejor sábio, sino al mayor sábio.» No cuidamos más que de llenar la memoria, y dejamos vacíos el entendimiento y la conciencia»: parafrasis del conocido proverbio latino non multa, sed multum. Buena prueba de la importancia que se concede al asunto en que nos ocupamos es que, en el último Congreso celebrado por la Asociación británica para el progreso de las ciencias y para la reforma de las leyes, en Huddersfield, se propuso por Mr. Teale, cirujano jefe del Hospital, agregado al cuerpo Universitario como examinador y miembro del Consejo superior médico, la cuestión: ¿Cuál es la influencia de los sistemas modernos de instrucción y educación pública sobre la salud general y el desarrollo físico de la infancia y de la juventud?

Comienza Mr. Teale por manifestar que ha visto la instrucción primaria convertirse en universal y obligatoria, y llegar á ser una verdadera institución del Estado; que ha visto también la instrucción secundaria y la instrucción superior desenvolverse y recibir, bajo la forma de subvenciones pecuniarias, ayudas á las cuales habían permanecido largo tiempo extrañas; que los diplomas universitarios son ya requisitos sine qua non para el ejercicio de numerosas profesiones. Se trata de saber, dice si este conjunto de medidas produce resultados satisfactorios, ya en lo moral, ya en lo físico de los alumnos. Mr. Teale se limita á estudiar este último aspecto con escrupulosa atención tanto más necesaria, cuanto que al exceso de trabajo impuesto á los niños en las escuelas prima-

rias, y á los jóvenes en las secundarias y superiores, atribuyen lo mismo los padres que las gentes ilustradas, el aumento considerable en la mortalidad de la población escolar y el recrudescimiento de las enfermedades mentales.

Mr. Teale apela á la estadística, y hace bien, porque en ella ha de encontrar la mejor demostración de los efectos del procedimiento instructivo-educativo. Comparados los periodos de 1838 á 1854 y de 1855 á 1880, resulta que en el último, ha habido un 30 por 100 de disminución en la mortalidad de los niños de cinco á diez años; que el número de las enfermedades también ha sido menor; y, por último, que no se registra más que un caso de padecimiento cerebral por cada 2.000 enfermos. Autorizado por tan elocuentes hechos, Mr. Teale preconiza el nuevo sistema escolar, que es en extremo favorable á la salud general de los niños y de los adolescentes, los cuales, aunque otra cosa no fuera, ocupan locales mucho más higiénicos que los que sirvieron de escuela á sus padres.

El verdadero peligro, añade Mr. Teale no está precisamente en el número de horas de trabajo, pues, aunque peque de excesivo, el niño ó el joven no experimentará ninguna consecuencia escesaiva para su salud, si las tareas se cumplen en las condiciones de alegría, variedad y libertad de acción propia de la edad, si se tiene cuidado de no someterlos á una disciplina demasiado metódica, de no imponerles una carga que se hace pesada por la misma precipitación que la acompaña.

Lo que puede ser y es efectivamente un gravísimo daño, que compromete la vida física y moral de los jóvenes, es el sobrecargar su inteligencia con un montón de conocimientos heterogéneos, que no llegarán á digerir, ni asimilarse, en el poco tiempo de que disponen para adquirirlos; es el excitar en ellos, valiéndose de premios y de recompensa, ambiciones injustas y fecundas en decepciones.

Esta cuestión del *surmenage* intelectual como dicen los franceses ó del *over pressure* como escriben ingleses, así como de la necesidad de observar en los establecimientos de instrucción los preceptos de la higiene, preocupa gravemente á los sabios y pensadores de todas las naciones cultas. En Francia sobre todo ha trascendido hasta la Academia de medicina que despues de oír en varias sesiones la autorizadísima opinión de médicos-higienistas que pasan por los primeros del mundo como Trélat y Hardy, ha votado las conclusiones siguientes:

«La Academia de Medicina llama la atención del Gobierno sobre la necesidad de modificar conforme á las leyes de la higiene y á las exigencias del desarrollo físico de los niños y adolescentes, el régimen actual de nuestros establecimientos escolares.

»Que los colegios para alumnos internos deben instalarse en el campo; que deben reservarse para los recreos grandes espacios bien situados; que las salas de clase deben mejorarse bajo el punto de vista de la iluminación y aireación.

Sin ocuparse de los programas de estudios cuya simplificación desea la Academia, insiste de una manera especial sobre los puntos siguientes:

«Aumento de las horas destinadas al recreo de los niños.»

Para todos los discípulos disminución del tiempo consagrado á los estudios y á las clases, es decir á la vida sedentaria y aumento proporcionado del tiempo consagrado al recreo y ejercicio.

Necesidad de que todos los alumnos hagan ejercicios musculares cotidianos proporcionados á su edad.

B.





CELEBRIDADES CONTEMPORÁNEAS.



Lord Randolph Churchill,

MIEMBRO DEL PARLAMENTO BRITÁNICO Y EX-MINISTRO DE LA INDIA.

I

La semblanza que hoy escribimos está dedicada á trazar los rasgos salientes de una de las figuras más características, más animadas y más brillantes de la nueva generacion política inglesa.

El personaje del cual queremos dar una idea somera ha adquirido en estos dos últimos años gran celebridad, no solo en Inglaterra, sino en toda Europa, mucha importancia y valia, así en las contiendas del Parlamento como en las esferas del Gobierno, marcando su individualidad con atrevida y enérgica voluntad y con una inmensa ambicion, á cuyo servicio ha puesto la naturaleza talentos y facultades poco comunes.

En los momentos actuales en que se debate uno de los problemas más grandiosos y trascendentales para el porvenir de Inglaterra, en que la suerte de un ilustre hombre de Estado y de un poderoso y popular partido dependen del éxito de los planes concebidos para remediar la situacion de Irlanda, y en que políticos eminentes, sabios insignes y pensadores profundos consideran la que hoy está atravesando, como una de las crisis más graves y

tremendas que ha sufrido Inglaterra en el proceso de su historia y pronostican si los proyectos del primer Ministro prevalecen, peligros pavorosos para el prestigio, para la grandeza y para la unidad del Imperio, no es inoportuno el conocer, aunque sea á grandes rasgos, la personalidad y la carrera política del joven lord, que es uno de los más impetuosos y batalladores campeones parlamentarios y que ha de ser factor no insignificante ni secundario en esta gran contienda, como lo ha demostrado ya en el hábil, intencionado, vigorosamente lógico y elegante discurso que ha pronunciado en la sesión del 9 de Abril, criticando fina y acerbamente los proyectos de *home rule* de mister Gladstone.

En artículos anteriores hemos dado á conocer algunas figuras de los principales actores que en esta batalla política intervienen, y reconociendo la capital importancia que la cuestion entraña, y sujetándonos al desarrollo de un plan de conjunto, nos proponemos en artículos sucesivos bosquejar las siluetas de otros oradores y estadistas ingleses, cuya autoridad, experiencia y palabra han de tener primordial importancia en la solución de este inmenso problema, quizás el más grande y el más trascendental de cuantos hoy se hallan planteados en Europa, segun el general sentir y el juicio muy respetable y autorizado del célebre Bismark.

Lord Randolph Churchill es uno de los más jóvenes hombres políticos que hayan alcanzado en nuestro tiempo en la Gran Bretaña el puesto de Ministros de la Corona. Su carrera ha sido rápida, brillante y afortunada, pero debida á su mérito y á su solo esfuerzo y no á las artes de la intriga, del favor ó de poderosos patronazgos. Sus puestos los ha ganado más rápidamente que otros, pero en buena lid y gracias á la posesion de talentos y de medios perfectamente adecuados para abrirse paso y elevarse en la carrera parlamentaria.

II

Lord RANDOLFO Enrique Spencer Churchill es hermano del actual Duque de Marlborough, tercer hijo del sex-

to Duque del mismo nombre y de Lady Francisca Ana Emilia, hija mayor del tercer Marqués de Londonderry, y nació el año 1849 en el palacio de Blenheim, cerca de Woodstock. Como estos títulos tan resonantes é ilustres lo indican, se halla emparentado con la más alta aristocracia del Reino Unido.

Desciende en línea recta del célebre y glorioso general y estratégico inglés cuyo nombre adquirió fama universal y fué tema de leyendas y de proverbios el siglo XVIII durante la famosa guerra de los siete años. Los triunfos alcanzados por aquel caudillo y las cuantiosas ventajas personales que adquirió en sus campañas ilustraron y engrandecieron á la casa á que pertenece el ardiente orador *tory*.

Lord Randolph ha hecho muy buenos estudios clásicos, y ha cultivado con gran afición y provecho las ciencias más necesarias para el estadista. Es discípulo de la universidad de Oxford, en cuyo colegio de Merton siguió los cursos, graduándose de Maestro en Artes el año 1871. En las aulas oxonianas y en los círculos de sus camaradas dejó detras de sí merecida fama, por la amenidad y brillantez de su conversacion, y por su agudo y epigramático ingenio. También en la Sociedad de Debates que tienen los estudiantes de Oxford, dió precoces y gallardas muestras de un notable talento oratorio.

Después de concluida su carrera académica, hizo un viaje á los Estados Unidos el año 1874, y á consecuencia de este viaje conoció, amó y obtuvo la mano de una hermosísima señorita americana, hija de Leonardo Gerome, acaudalado comerciante de Nueva York. Lady Churchill posee, según dicen, una belleza sorprendente y constituye hoy uno de los ornamentos de la alta sociedad británica. El mismo año, y contando veinticinco de edad, entró por primera vez en el Parlamento, siendo elegido por Woodstock donde radican grandes haciendas de su familia. Pronunció su *maiden speech* (literalmente: *discurso virgen*) el 22 de Mayo de aquel año, con motivo de un *bill* relativo á constituir un centro militar en Oxford, y lo hizo con tal gallardía y soltura, que viejos parla-



mentarios, y entre otros, William Harcourt, le felicitaron dirigiéndole halagüeños cumplimientos, y pronosticándole un brillante porvenir en aquella casa.

La favorable impresion que su primer discurso produjo quedó confirmada por otros dos que pronunció el año siguiente (1875), el uno en el debate referente á la cuestion de los burgos no reformados, y el otro en la apasionada discusion que se suscitó sobre los gastos causados por el viaje del Príncipe del Gales á la India.

Se notó ya desde aquel tiempo que lord Randolph Churchill demostraba cierta tendencia á pensar por cuenta propia, y á exponer miras y juicios independientes, aunque en más de una ocasion esta tendendencia particular suya le colocara en cierta actitud hostil para con los jefes de su partido, lo que le acarrió severas criticas y amonestaciones á que, preciso es confesarlo, no fuè muy sumiso.

Durante el año 1876 no pronunció ningún discurso en la Cámara, y rara vez levantó su voz en los tres años siguientes. Pero en cambio la eleccion general de 1880, que privó á su partido del poder, le abrió un ancho campo para desplegar sus talentos y la valentia de su espíritu. Pocos oradores del partido *tory* (si es que á Lord Churchill se le puede considerar como á un hombre de partido obediente y disciplinado), hicieron al Gabinete Gladstone una oposicion más vehemente, más activa y más enérgica que el resuelto y ambicioso sehundon de la casa Marlborough.

Comenzó la serie de sus campañas parlamentarias, abordando con extraordinario calor y toda la pugnacidad y las crueles inventivas de su ingenio cáustico la cuestion que ha apasionado mucho los ánimos en el Parlamento británico del diputado radical y ateo Carlos Bradlangk. Sobre este tema, que ha dado lugar á acaloradísimos debates y reñidas votaciones en tres legislaturas sucesivas, y que ha provocado tres reelecciones del diputado excluido de prestar el juramento, el joven Churchill pronunció tres discursos, que son sin duda los en que mejor se refleja el espíritu de su estilo oratorio; punzante,

acerbo y epigramático. Puede decirse que estos discursos confirmaron la reputación oratoria de Lord Randolph, y le conquistaron un puesto propio y señalado en el Parlamento.

Una ruidosa campaña oratoria que con miras de propaganda á favor de las ideas conservadoras emprendió después en la radicalísima ciudad de Birmingham y la creación de cierta disidencia en el seno del viejo partido *tory*, formando el grupo parlamentario de cuatro diputados, al que, en son de ironía, se le bautizó con el nombre de *cuarto partido*, aumentaron la popularidad de Lord Randolph Churchill, quien no tardó en ser llamado á la jefatura de la Liga de Primrose, compuesta de los más devotos y entusiastas admiradores de la memoria de Lord Beaconsfield y á la presidencia de la Union nacional de las asociaciones conservadoras.

Durante los tres últimos años ha sido Churchill uno de los oradores que con más frecuencia se han dirigido á la Cámara, no dejando de intervenir en ninguna de las cuestiones de Gabinete que se plantearon para derribar el Gobierno de Gladstone. Algunos de sus discursos acerca de las consecuencias y de determinados incidentes de la campaña de Egipto fueron atrevidísimos é incisivos, no solo contra el Gobierno inglés, sino contra su aliado ó protegido el khedive. Tomó una parte muy activa en la discusión de los proyectos de ley de reforma electoral y reconstitución de los distritos electorales, colocándose más de una vez en un punto de vista inesperado é independiente y apartándose de la opinión y del plan de los jefes de su partido. Estas veleidades de indisciplina y estos arranques de independencia produjeron en el seno del partido disgustos y rozamientos que acaso no han sido extraños al cambio de jefatura que experimentó á mediados del año último cuando el respetable y simpático estadista Sir Stafford Northcote fué llamado á la Cámara alta. Quizá no sea posible absolver del todo al impaciente y osado voluntario franco del *torismo* de la culpa y de la responsabilidad que algunos le achacan de haber contribuido más que nadie á precipitar ese cambio. Lo que es-

tá á la vista de todos es que con esta mudanza fué ganando y que se aproximó al actual jefe del partido en la Cámara de los Comunes Sir Miguel Hicks Beach, con el cual, al parecer, se entiende hasta ahora perfectamente.

III

Su ya crecida importancia individual y sus señalados y resonantes servicios en la oposicion, especialmente durante los dos años últimos, y sobre todo, en las cuestiones que provocó la campaña del Sudán, debian abrirle á Lord Randolph Churchill el camino al poder, como le abrieron, en efecto, en Junio de 1875, al sucumbir inesperadamente la situacion Gladstone, no en una de aquellas azarosas cuestiones, en que mayor responsabilidad había contraído, sino á causa de una divergencia sobre medios fiscales para nutrir el presupuesto. Sir Stafford Northcote fué creado Conde de Iddesleigh y recibió el título de primer Lord de la Tesorería; el Marqués de Salisbury tomó la direccion del Gabinete con la cartera de Negocios extranjeros. Hicks Beach heredó con la cartera de Hacienda la jefatura del partido en la Cámara popular, y Lord Randolph Churchill fué llamado al importante puesto de Ministro de la India, con voz preponderante en el Gabinete, llenándole este hecho de legítima y orgullosa satisfacion, pues venía á coronar, en una edad todavía juvenil, cinco años de incesante compañía de extraordinarios esfuerzos y de ruda labor. Y no porque considerase esta eleccion como el término y remate de su carrera política, pues no la ha mirado más que como una etapa, aunque muy importantante, que le acerca por camino seguro y relativamente facil, y de un porvenir muy lejano, á la meta de sus ambiciosas aspiraciones. Está, en efecto, Lord Randolph Churchill hecho de la materia de los hombres llamados á dirigir un partido y desarrollar una política propia y á representar un papel principal en la historia constitucional de su país.

Apesar del tiempo que le absorbian sus deberes oficiales, Lord Randolph Churchill se prodigó durante la últi-

ma campaña electoral, y tuvo la audacia de luchar con inconcebible denuedo, en el corazon mismo de Birmingham, contra uno de los mas sólidos y respetados jefes del radicalismo: contra el célebre John Brighth en persona. Despues del resultado de las elecciones y de la caída de su partido, su actividad no ha aflojado lo más mínimo; ha seguido agitando á la opinion en las reuniones populares y atacando rudamente al Gabinete Gladstone en el Parlamento. Su último discurso ha sido el de 9 de Abril, al que aludimos al principio de este artículo.

Randolfo Churchil es activo, inquieto y fogoso, su energía, la fe en su destino y su ambicion, le llevarán á donde quiera que sea para alcanzar el fin que se ha propuesto. Se halla en el periodo más brioso y enérgico de su edad; tiene buena salud; es trabajador infatigable y posee una comprension rápida y penetrante. Le domina soberanamente la pasion política, y presta una atencion detenida y escrupulosa al estudio de las cuestiones que interesan y conmueven al pueblo inglés. Como orador no alcanza la elocuencia clásica y remontada de Gladstone ó de Brighth, pero es espontáneo, pronto, ingenioso y afuente; puede hablar cuando quiere y como quiere, aunque se le nota en la pronunciacion algunos defectos que alteran la limpieza y exactitud de su emision, y especialmente cierto ceceo al vocalizar algunas consonantes, y entre ellas la *s*. Pero añaden sus críticos que estas imperfecciones pueden corregirse, y que desaparecerán con el estudio y el empeño que pone para conseguirlo. Quanto á su físico, es de pequeña estatura, muy delgado, rubio, de facciones muy regulares y hermosas, con unos grandes ojos azules, enteramente espresivos y dulces. Sus pies y sus manos de una delicadeza clásica, revelan, la fina y esclarecida raza á que pertenece. Su boca es grande, como la de todos los oradores de nacimiento, y encuentran en ella cierta expresion desdeñadora y burlesca. Sombréala un rico y sedoso bigote que acaricia sin cesar y alternativamente con una y otra mano. En la Cámara se sienta con la pierna izquierda cruzada sobre la derecha y agitando la primera continuamente. Su

atencion, en los momentos interesantes de un debate, no se distrae un solo punto, y observa y escudriña toda palabra, todo detalle, todo gesto. Viste con elegancia y con primor, y con una pulcritud extremada, ostentando siempre en la mano ó en el pecho alguna joya de subido precio.

Es muy querido y popular entre sus amigos y contemporáneos. La Liga de Primrose siente hacia él una especie de adoracion. En este mismo momento leemos en los periódicos de Londres la relacion de un gran banquete con que el dia 14 fué obsequiado en aquella capital por los miembros de la Union de las asociaciones conservadoras.

Así como los radicales ven en mister Chamberlain un futuro primer Ministro de Inglaterra, el elemento joven del partido conservador considera seguro que el único sucesor de verdadera talla y de grandes dotes del Marques de Salisbury debe ser, y será, lord Randolph Churchill, y no dudan que, cuando el caso de reemplazar ó de sustituir á aquel jefe llegue, pasará intrépidamente por encima de otros jefes y de otros estadistas que hasta ahora han ocupado rango mas preeminente, por su antigüedad en la carrera política, en la jerarquia del partido.

CAMILO DE VILLAVASO.

Bilbao 17 de Abril de 1886.





DE MINORIBUS.



Quédese para otros, sabios de veras ó más sabihondos que yo, estudiar el grave problema religioso en los días que corren, elevándose para ello á las altas cimas de la ciencia ó pretendiendo extraer de una amplia y perspicua observacion de la vida humana actual, la leccion severa, la sentencia irrevocable ó la amenazadora profecia.

Sin álas para volar tan alto, sin ínfulas de vate, de juez ni de maestro, me limitaré yo á juntar aqui, segun me ocurran, algunos hechos de menor cuantia que cada cual puede ver confirmados por si mismo y que no carecen, á mi juicio, de significacion. Ciertó que esos hechos pasarán inadvertidos para muchos y parecerán á otros minucias fútiles; pero en esta época en que los microorganismos estan de moda y el invento de Jausen Fontana y Fraunhofer sorprende en lo infinitamente pequeño tantas maravillas y promueve tantos afanes, no estarán fuera de lugar estos apuntes.

Tómolos del natural, es decir, del medio ambiente en que vivo; del ambiente provinciano á que me siento adaptado despues de varios lustros, que no he de precisar en cifra redonda por razones que me reservo.

*
* *

Un aldeano muy neto, aunque algo bruto segun las gentes, nacido y avecindado en un puerto de mar cuyo nombre no hace al caso, decíame un día con aire confidencial:

—¿Sabe V. que voy notando una cosa? Cuando yo era niño, casi todos los barcos que entraban en el muelle llevaban por nombre el de algun Santo: llamábase uno la corbeta *San Jouquin*; otro, el bergatin *Santa Lucia*; otro, el patache *San Antonio*; otro, la lancha *San José*, y por allí adelante. En cambio hoy, amigo mio, apenas si se vé un nombre de esta clase en la popa de los buques que arriban á nuestros puertos: léese allí *la gracia* del naviero escrita con letras gordas debajo del busto de una mujer descotada, ó el adjetivo en que se realza una cualidad de la nave (*ligera, veloz* etc.), ó el nombre de un pueblo, de una isla, estado ó cosa tal; pero Santos, raro es el que dá título á uno de esos vapores chapeados á la moderna, humosos y potentes, que van y vienen con redoblada frecuencia. Hasta *el práctico* del puerto [pásmese V.!, aquel fantasma de moñetes rubicundos y de barba de mono viejo, al pintar de nuevo su lanchon el mes pasado, púsole en el costado de babor este nombre escandaloso: *La República*.

Calló mi hombre, traté yo de consolarle lo mejor que pude, y, despues, trasladé á mi cartera el dato que ahora reproduzo. A los consuelos que entonces di al mal humorado observador, uniría hoy otro si la ocasion llegara: yo supe de buena tinta que el patron de *la República*, sorprendido una tarde en el mar por ruda tormenta, levantó los ojos y los brazos al cielo y se encomendó á todos los santos de la corte celestial.

Este es un hecho; pero tambien el otro lo es.

*
* *

Declinaba el dia, y entre las gentes que tornaban á la ciudad iban á pocos pasos de mí tres respetables individuos del cabildo catedral que amigablemente departian, deteniendo á trechos su marcha y emprendiéndola luego con la reposada dignidad que correspondía á su carácter. Pasaban á su lado grupos de animadas rapazuelas, riendo y cantando, cortejadas por zagalones irregularmente trabados por los brazos, que á las veces hacian corouiendo sus voces descompuestas á las argentinas voces de aquellas, y á las veces producian gritos y sustos en la falange femenina echándole piropos como quien tira piedras. Pasaban tambien grupos más silenciosos y comedidos, de

clase menos incivil: mamás que llevaban delante de sí, à guisa de maestras de colegio, parejas de pimpollos que conversaban en voz baja; señores graves, de mucha levita, mucha chistera y mucho continente; jóvenes ilustrados con *láminas* más ó ménos felices, que hablaban alto sobre altos problemas, y hasta hablaban gordo sin poner sordina en la lengua propia ni tapones en los oídos ajenos.....

Era, en fin, la vuelta de paseo de un día de fiesta.

Pues, como dejó dicho, iban los señores clérigos muy cerca de mí, cuando las campanas de una iglesia junto à la cual pasábamos empezaron à sonar con el toque de oraciones. En aquel instante hubo una solución de continuidad en el general desfile y reinó un relativo silencio, sobre el que se destacaron, si vale la frase, las vibrantes y lentas campanadas y las sonoras voces de mis tres vecinos. Juzgué que éstos no serian sordos, como no eran mudos, y que oirían, segun lo oía yo, aquel toque del *Angelus* que tanto explotaron cierto linaje de novelistas.

¿Cesaron en su alegre plática? Descubrieron su cabeza? ¿Rezaron la oración à que nos llamaba la *lengua de bronce* desde el cuadrado campanario? Que tales preguntas en otro tiempo se tendrían por impertinentes é innecesarias, eréolo fuera de duda. Hace algunos años, bastantes, aunque no muchos, todo fiel cristiano obedecería *incontinenti* la órden de aquella lengua; detendría en la suya el chiste agudo ó, simplemente, la frase *lática* que venía à ella, para sustituir una ú otra cosa con los sagrados latines; recogería su espíritu, como se recoge el aréo, para elevar al cielo la dorada flecha de amor divino; cumpliría, en fin, su deuda de creyente à toca teja.

Y ahora bien: la teja de los venerables señores quedó en el sitio en que estaba; la conversacion prosiguió su curso rítmico, con ritornelos de carcajadas prudentes; las campanas siguieron sonando hasta el *sufficiat*; y yo, que venía un tanto dado à filosofías pesimistas, hube de murmurar *sotto voce*:

¡Signos de los tiempos!

* * *

Y hé aquí que este hecho me sugiere otro recuerdo de análoga índole.

En la vida del muchacho de mi época *muchachil*, entraba como un elemento importantísimo, casi absorbente, el principio religioso. No quiero ya hablar de aquellos pasos y repases del Catecismo del P. Astete, repetidos un día y otro día; de la cotidiana práctica del Rosario, rezado en íntima comunión con los criados de la casa; de las frecuentes visitas al confesor, discretamente elegido por la autoridad paterna, etc. etc. — Tampoco insistiré en que la diversion casera favorita consistía en armar *la fiesta*, encapillarse una casulla de papel pintado, decir misas y sermones, andar á la procesion, y todas las demás liturgias imitativas. Conseguir del amable campanero de la Catedral que le permitiese á uno subir á tocar *la plenaria* á medio día, era un triunfo disputado; ir á alumbrar á la fiesta sacramental de la parroquia, era el *summum* de la importancia y del tono; poseer por Natividad un *nacimiento* con rios de cristales rotos, árboles de *mofo*, montes de carton y figuras de barro, constituía el *non plus ultra* de la posesion y del contento....

Pero demos también de mano á todo esto, y fijémonos tan solo en un pormenor que ¡ay! más de una vez fué para mi causa de graves desazones.

— A las oraciones en casa.

Así se me ordenaba con imperio cuando por las tardes despues de la escuela, y aún despues de la cátedra, se me permitía salir con mis amigos [*amigos seleccionados*, por supuesto, por el Darwin doméstico]; — y era de ver la inquietud que se apoderaba de nosotros al advertir las señales del verpertino crepúsculo, y las preguntas que mutuamente nos dirigíamos por precisar si lo que sonaba allá en la torre era el toque de retirada ó cualquiera otro toque esporádico (fuego, viático ó algo por el estilo). Preciado el punto, la dispersion era decretada; y si por falta de atencion ó por sobra de interés legal en los juegos lícitos é inocentes á que nos hallábamos entregados, el sonoro aviso pasaba inadvertido, excuso apuntar el recibimiento clamoroso, quizá contundente, que se nos hacia en los respectivos hogares.

No he de afirmar hasta donde subsiste ó ha desaparecido esta influencia cnnilateral de lo religioso en la vida de los que hoy son lo que yo fui. Notaré, sin embargo, y contrayéndome al pormenor que acabo de particularizar, que, al presente, véense á una hora, que sería

muy á deshora para mí, *atravesados* por esas calles, pitillo en boca y ladeado el sombrero, muchos mocitos aventajados á quienes tienen sin cuidado todas las campanas del orbe católico.

Hay, no obstante, (porque es bueno que conste todo) padres diligentes que conservan en cierto modo la tradición. Uno de ellos, amigo mio por cierto, daba suelta días pasados á su primogénito, y oí que le decía al despedirle:

—Cuidado ¿eh? Al encender los faroles, á casita.

* * *

Tambien ha llovido desde que ocurrió lo siguiente, perfectamente histórico.

Un ilustrado ingeniero alemán vino destinado á uno de los más prósperos establecimientos industriales de nuestra provincia. Aunque conocía varios idiomas además del suyo, no entraba en aquel número el español: el caso es frecuente. Como quiera que su nuevo destino había de obligarle á entenderse con las gentes de esta tierra, empezó á hacer su caudal de palabras y frases tomándolas de lo que oía á su alrededor, adoptando este método práctico que, aun después de familiarizarse con gramáticas y vocabularios, es inexcusable para intimar con un lenguaje extraño.

Había trascurrido poco más de un mes desde que llegara nuestro ingeniero, cuando varias acomodadas personas del pueblo confíguo fueron á visitar el notable centro fabril. Apenas penetraron en éste, toparon con el extranjero director que, correspondiendo diligente al cortés saludo que le hacían los visitantes, se inclinó con toda solemnidad, y con la mayor finura dijo:—*Santes tardes*.

La sorpresa que esta salutación produjo, puede calcularse desde luego; alguno de los presentes, á quien debo la noticia, no acertó á contener su hilaridad, y trajo esto como consecuencia la necesidad de una explicación cuyo resultado presumirá ya el lector sagaz.—El buen alemán que, encantado con las bellezas del país, solía dar largos y solitarios paseos por los alrededores de la fábrica, había oído una vez y otra á los pobres aldeanos que hallaba á su paso, aquella frase de saludo que él tomó por la más usual, oportuna y correcta: religiosidad y bable en una pieza.

¿Aprendería hoy un extranjero, echándose á aprender según la misma escuela peripatética, algo igual ó parecido á lo que en aquel entonces hubo de aprender el buen alemán?

Permítaseme dudarle; porque yo que en muchas ocasiones suelo salir á buscar aire puro por esos caminos reales y plebeyos, si es verdad que tropiezo con gentes del campo (despojadas yá, eso sí, en su inmensa mayoría, del clásico y pintoresco traje del país), por rara casualidad me veo en el caso de contestarles á saludo alguno. Cruzan junto á mi con aire indiferente, sinó receloso ó despreciativo; con más ó ménos seguridad sobre su base, si tornan de la ciudad; y siguen su rumbo sin cuidarse de gastar saliva en balde, aunque gasten sendas monedas para remojarse la boca con sendos tragos en las *estaciones* que hay en la via. Haré, sin embargo, memoria de una excepcion que aun no he tenido tiempo á olvidar.

Era día de mercado, y volvian á sus casas con las reses compradas ó no vendidas, bastantes labradores de los contornos. La regla antes formulada no habia quedado desmentida; pero ya iba vién lose casi desierta la carretera, cuando se cruzó conmigo un pobre viejo, de recalcitrante indumentaria, ferrados zapatos, media de lana labrada, calzon corto por cuyas laterales aberturas adornadas de ociosos botones despuntaba el blanco calzoneillo, pechera entreabierta que dejaba ver el belludo seno, chaqueta parda y corta, y hasta montera de pico abatido sobre la oreja siniestra. Iba el viejo pareado con una luciente y rolliza vaca, á la que daba de cuando en cuando sobre el anca suaves palmadas, que eran á la vez caricias é instigaciones para apresurar la marcha.

—Santes tardes nos dé Dios, dijo el hombre, llevándose una mano á la montera.

—Adios, le contesté yo.

Y viniéndome á las mientes la fórmula antigua de los campesinos, ya casi olvidada tambien por ellos, añadí rápidamente, aludiendo al rumiante:

—San Antonio la guarde.

*
* *

Larga tarea seria la nuestra, amable lector, si continuara restaurando los numerosos rasgos ya desvanecidos en

el cuadro de nuestra vida provinciana. Basta lo dicho como muestra; y conste que ya preveo las observaciones que podrían hacerse en oposición al sentido que domina en estos ligeros apuntes.

Al presente hay más novenas y cofradías que antes; las solemnidades del culto suelen ser más aparatosas y esplendorosas; *las hijas* de familia frecuentan, en general, el confesonario mucho más que en *mi* tiempo; hasta se *peregrina* mucho más, en ferro-carril y con rebaja de precio.....

Peró, así y todo, y acaso por eso mismo, ¿será verdad que lo que antes entraba *en el torrente circulatorio*, forma hoy *edemas* locales ajustados á fechas del almanaque, como la venida de las golondrinas ó la madurez de las calabazas?—¿será verdad que lo que era antes espontáneo interior y aun barato, parece ser hoy convencional, exterior y aun caro?—¿será verdad que pasa al templo lo que falta en la casa, cuando antes había para llenar ambas cosas con la debida proporción?—¿será verdad que la *intususcepcion* de ayer, va trocándose en mera *yuxtaposicion*?

Ad pœnitendum properat cito qui judicat, dijo Seneca. Por eso yo no contesto y me callo.

SALADINO.





ESTUDIOS FOLKLÓRICOS.



REFRANES EUSKAROS.



(CONTINUACION)

Véñse de cuando en cuando en el mundo cosas inspiradas por la verdad, y la verdad es á veces inverosímil. Sucede que la cabra mas flaca pare dos cabritos, y que *anda el carro en vez de los bueyes*,

Idiak oiñotz biarrían, burdijak aren atzian.

Si nuestros males nos parecen los mayores de todos, exajeramos en cambio las venturas del prójimo. *La vaca del vecino tiene mucha leche.*

ñoren bejjak erniak andi.

Sabido es que el que no llora no mama, y que el que no chilla se pierde muchas veces. *El cencerro sin lengua se perdió en el zarzal.*

Inchurri min bagia sasijañ galdu.

No porque uno mueva temblarán las esferas, ni dejarán de ir los costales al molino

Ilda zorruak errotara.

Si el fraile cree que todos son de su aire, *el ladron está siempre temeroso del ladron.*

Lapurra, lapurren bildu.

Ridículo empeño sería el de trocar el modo de ser de las cosas. *Mas largo es el hilo que la aguja de coser.*

Josteko orratza baño, atija luziago.

Gran fortaleza se necesita para oponerse al contagio del mal *Cuanto mas blanda sea la tierra, mas adentro penetra en ella el gusano.*

Luurra bigunago, aarra barrurago.

Que la amistad que se nos muestra es rara vez desinteresada sabía muy bien el que dijo: *Acompañame, amigo mío, pues traigo noticias*

Laguna lagun zakidaz, barrijak dakidaz

Este refran tiene una variante que dice:

Lagunak lagun zakidaz okarau barrijak dakidaz.

Donde quiera que vayamos hallaremos gentes buenas y malas, pues *en todas partes hay ovejas blancas y negras,*

Lekuan lekuan ardiak balzak eta zurijak

Razon tenía el que dijo que el muchacho bueno suele tener el dolor en la cabeza, y el malo en las piernas.

Mutill onak buruban tauriz, gaiztuak bernazaikjan.

No deben los pequeños reírse del mal de los grandes, pues también á ellos alcanzará el mal. *La niebla de los altos montes luego mojara los heredades de abajo.*

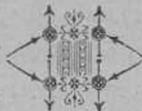
Mendi andiko lañuak, laster bustiko ditu beletako soluak

Con frecuencia se conoce á los holgazanes en que trabajan en las horas que se deben destinar al reposo: *nuestra Maria hilo; pero a deshora.*

Marija guria goruetan, piar es dan arduetan

CONTINUARÁ

VICENTE DE ARANA.





Crónica local.



Necesidad sentida.

Lo era lo de una *Plaza de Abastos*, en buenas condiciones de situacion, fácil acceso, capacidad è higiene, y se hacia más de sentir, desde que la antigua de la Correría no podia servir al objeto, despues del hundimiento, de que ya dimos noticia, que causó algunas víctimas. El Ayuntamiento se hallaba indeciso, pues le detenian, por una parte, la escasez de recursos, pues las arcas municipales estan muy lejos de hallarse desahogadas y las atenciones son muchas y muy urgentes, y por otra, la eleccion del lugar en que ha de construirse, pues la opinion estaba dividida, opinando unos que debia hacerse en la Plaza de la Independencia, optando otros por la de Bilbao y no pocos por que se eligiera la Plaza de Castilla, (Mentiron).

Al fin, varios vecinos, llevados del mejor deseo, se han

reunido y acordado formar una especie de Compañía, dispuesta á construir dicha Plaza, en la de la Independencia, con fondos propios, á fin de aliviar al Municipio de gastos, y con cuyo objeto, han invitado al vecindario á coadyuvar al proyecto, por medio de una circular, cuyos conceptos más salientes son los que siguen:

«La necesidad de una nueva Plaza de Abastos construída con arreglo á los últimos adelantos, hace tiempo se deja sentir en esta culta Ciudad, notándose mucho más la falta de un edificio de esta clase desde el momento que la construccion de casas ha alcanzado las proporciones que hoy tiene, pues el perímetro que ocupa actualmente la poblacion impide que la Plaza de Mercado de la Correía satisfaga las necesidades del vecindario, por sus especiales condiciones y por la posición que ocupa, á pesar de los grandes esfuerzos que se han hecho con el mejor deseo y de las considerables sumas que se han invertido para llevar á este mercado la concurrencia que debía esperarse, quedando defraudadas las esperanzas de los Ayuntamientos que se han sucedido estos últimos años, y haciendo por último imposible la habilitacion de este mercado, como si todo esto no fuera bastante, el desgraciado accidente, que todos deploramos, acaecido en Diciembre del año anterior.»

«Alentados con los resultados obtenidos por la Sociedad de Aguas de Gorbea, y convencidos despues de un sinnúmero de inútiles tentativas de la imposibilidad en que se halla colocado el Municipio para dotar la poblacion de mejora tan considerable, sin dejar trascurrir algunos años y hasta tanto sean atendidas otras reformas de preferente cuidado y compleja solución, creen los que suscriben no sin fundamento que sólo por iniciativa del vecindario, esta Ciudad llegará á contar dentro de poco tiempo con una excelente Plaza de Abastos, emplazada

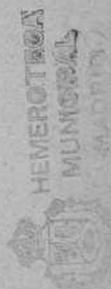
en la Independencia, que reúna cuantas condiciones se requieren, á fin de satisfacer cumplidamente las necesidades de la poblacion en general y coloque á ésta á la altura de otras de la misma importancia.»

Dicha Circular, que firman los Sres. D. Felipe Marticorena y D. Sebastian Alarcon, contiene el presupuesto de la construccion de la Plaza, su producto anual y la firma de amortizacion de los capitales que en ella se emplean y termina:

«No desconfiamos por tanto de llevar à término el pensamiento que abrigamos contando con el concurso y apoyo de todo el vecindario, que desde luego solicitamos, abrigando la esperanza de que la Corporacion Municipal no hallará inconveniente en prestar su aprobacion al proyecto expresado, toda vez quedar demostrado ser este factible y en su beneficio, asi como de condiciones inmejorables para todo el que desée contribuir con su capital en la medida que sus fuerzas y voluntad permita, aparte la satisfaccion de prestar un servicio importante á nuestra querida Ciudad.»

A última hora, sabemos que se están recogiendo firmas para solicitar del Ayuntamiento que la Plaza de Abastos se construya en el Mentiron, yendo ya recogidas bastantes.

Nosotros deseamos que se venga á un acuerdo y que, en un sitio ó en otro, se construya al fin, por las ventajas que podrá reportar al pueblo entero.



Velada notable.

La celebrada en el Ateneo de Vitoria, el viernes 10 del corriente fué sin duda de las que mejores recuerdos dejarán en el ánimo de los que á ella concurrieron.

Ante un público, numeroso y escogido, leyéronse composiciones, en prosa y verso, de los Sres. Ramirez de la Piscina, sóbria y de arranques poéticos; D. José Maria Caballero, sentida y correcta, D. César Calle, valiente y trascendental; Herminio Madinaveitia, melancólica y dulce; D. Antonio del Campo, levantada y enérgica, pero la novedad de la velada fuè la lectura que hizo Don Odon Apraiz de una poesia, *La envidia*, primera produccion de un alumno de este Instituto, Sr. de Tabár, la cual, aunque adoleciendo de alguna falta de correccion, y á pesar de cierta incoherencia, indica en su autor felices disposiciones para el cultivo de la *gaya ciencia*, por lo cual le felicitamos, animándole á continuar sus ensayos.

La Sta. Concepcion Lopez de Arróyave dirigió al Ateneo y al público un sencillo discurso de gracias por su benevolencia en escucharla, que mereció los aplausos más espontáneos y á continuacion leyó magistralmente una composicion poética de Fray Conrado Ruiños Saez, padre dominico, dedicada á Santa Teresa de Jesús, obteniendo así mismo nutridos aplausos.

Tenemos entendido que esta discreta y entendida Señorita dará próximamente en dicho centro una conferen-

cia, que versará acerca de la educacion; con cuyo motivo pensamos ocuparnos más detenidamente de ella. En tanto la enviamos nuestra más cumplida enhorabuena, así como á los demás Sres. que tomaron parte en la velada y á la Junta y sócios del Ateneo que de ese modo procuran mantener viva la aficion á las ciencias y á las letras.

Los carnavales.

Los de este año, por lo que hace á lo que se ha visto por las calles, muy desanimados; apenas una docena de máscaras ni originales, ni graciosas. Una cabalgata de *jokeys*, el Domingo; una bonita comparsa de negros, compuesta de jóvenes de buen humor, muy conocidos en Vitoria, que bailaba al estilo de América; otra que recorrió los bailes, de japoneses, ejecutando juegos malabares, y algunas sin importancia.

En cambio, en los bailes, abundaban las máscaras, rivalizando en gracia, elegancia y gusto. Sobre todo los salones del *Círculo Vitoriano* y *Casino Artista*, que estaban deslumbradores, ofrecían un golpe de vista encanta-

dor, y con la profusion de luces, los acordes de la música y las voces y carcajadas de las lindas mascaritas, se pasaba el rato de la manera más deliciosa. Pocos años han estado estos bailes tan brillantes y concurridos.

Tambien en *La Danza* y en *La Lira* se ha divertido la gente, y en el primero habia máscaras de mucho gusto y pollas sin disfrazar muy hermosas.

En fin, que los Carnavales han pasado dulcemente y ha reinado la diversion, en todas partes, sin que haya habido que lamentar ningun altercado ni disgusto sério.

La falta de espacio nos impide dar cuenta en este número de dos obras notables; la *Historia de Grecia*, por Curtius, y la biografía de *Columela*, de D. Arturo Campion, de las cuales nos ocuparemos con detencion, en el próximo número.

PASCUAL LOPEZ.

